

La paternidad espiritual. ¿Discreta realidad o vacía apariencia?



*VICTOR MANUEL FERNANDEZ*¹

CuadMon 135 (2000) 477 - 493

El desarrollo armonioso del hombre supone también una armonía entre lo que se manifiesta y lo que se es. Este es un planteo sumamente importante para asegurar un ejercicio gratificante del ministerio y para posibilitar una espiritualidad de la acción.

1. ¡Qué grande el padre!

A continuación me parece conveniente transcribir una visión profundamente crítica acerca de un determinado estilo de vida sacerdotal que, con buenas intenciones, termina arruinando la vida propia y la ajena. Se trata de una visión parcial y excesivamente ácida, pero que no deja de ser objetiva y realista, muy útil para obligarnos a replantear ciertas opciones:

¹ El Pbro. Víctor Manuel Fernández es Licenciado en Teología bíblica por la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma. Doctor en Teología por la Pontificia Universidad Católica Argentina de Buenos Aires. Profesor de Teología dogmática y moral e investigador de la Facultad de Teología de la UCA (Bs. As.). Director de estudios y profesor de Nuevo Testamento en el Seminario Mayor de Río Cuarto (Córdoba).

“La crispación empieza cuando se ve que las relaciones del clérigo no proceden de su identidad como persona, sino de su identificación con un papel que tiene que desempeñar; de modo que, cuando uno se encuentra con un clérigo, no puede menos de preguntarse con quién está hablando...”

Ahí se manifiesta la duplicidad típica del clérigo, que aparece como un conflicto de relación entre las exigencias contradictorias planteadas por el ejercicio de sus respectivas funciones.

Al clérigo se le exige, por un lado, que su actitud refleje lo mejor posible el modelo de Cristo, la actitud de un hombre afable, humilde y desinteresado, cuyo servicio no conoce fronteras. Por eso, hay muchos sacerdotes que van por ahí con una eterna sonrisa y que parecen alegrarse verdaderamente de poder saludar... Y cuando entran en conversación con una persona, se esfuerzan por entreverar frases de ánimo y alguna que otra gracia, para dar la impresión de espontaneidad personal y de una actitud edificante... Pero, en el fondo, no se sienten a gusto en su baño de multitudes, como se ve por la fatiga que les causa esa servidumbre forzosa y la afabilidad que se exige al clérigo. El caso es que, en fin de cuentas, no parece que eso les sirva para acercarse más a la gente, sino que más bien les aleja de ella. Por eso, cuando vuelven a casa, a su soledad de siempre, se depositan en su sillón y lanzan un suspiro de alivio...

También hay sacerdotes que tienen la costumbre –loable– de salir inmediatamente a la puerta de la iglesia, apenas termina la Misa, para saludar con un apretón de manos al mayor número posible de fieles. Pero el caso es que, mientras saludan a una persona, no dejan de mirar a uno y otro lado, como para no hacer de menos a nadie. Y eso, naturalmente, produce en el interlocutor la sensación de ser un número... En su esfuerzo por llegar a todos, sin olvidar a nadie, la idea que tiene el clérigo sobre las relaciones humanas no es, en el fondo, más que una indiferencia profesional ante cualquier contacto verdaderamente humano...

Y debe saber fingir -de una manera melodramática- sentimientos de felicidad, de alegría o de duelo, que apenas tienen que ver con sus verdaderas emociones...

Esa continua oscilación entre la máscara profesional visible y la personalidad afectiva soterrada no dejará de producirle graves crisis y toda clase de decepciones...

Por su profesión, el sacerdote debe encarnar aquellos aspectos que cabría esperar de un padre con relación a su propio hijo: ser dialogante, afable, cariñoso, comprensivo, protector, justo, un verdadero ejemplo; en una palabra, como mucha gente desearía de corazón, que fuera su propio padre... En él depositan su confianza, de él lo esperan todo. Pero se olvidan con demasiada facilidad que están poniendo ese cúmulo de esperanza y sentimientos no en la persona del sacerdote, sino en la máscara, no en su yo personal, sino en el super-ego de su profesión...

Pero ha sido él mismo, con su actitud personal y con la supresión de sus ilusiones personales, el que ha creado en los demás unas expectativas y unas ansias que no puede satisfacer”².

La descripción parece responder a la situación de algunos sacerdotes. ¿Pero qué significa entonces? ¿Que deberíamos renunciar a sentirnos padres? ¿Que tenemos que tratar a los demás de acuerdo a nuestro estado de ánimo? ¿Que tenemos que comenzar a empeñarnos sólo en lo que tengamos ganas de hacer? ¿No sería eso una forma de ceder al ideal individualista posmoderno?

Nada de eso. Pero este texto, aunque sea parcial y exagerado³, nos obliga a replantear algunas cosas para que podamos decir realmente que nuestra forma de vivir no se identifica con su descripción grotesca.

² E. DREWERMANN, *Clérigos. Panorama de un ideal*, Madrid 1995, 242-246.

³ Una acertada crítica puede leerse en E. PAVESI, *Difficoltà di cogliere l'autentica identità del sacerdote nella cultura moderna*, en *Sacrum Ministerium* IV/2 (1998) 76-78. Cf. también GONZÁLEZ FAUS - DOMÍNGUEZ MORANO-TORRES QUEIRUGA, “Clérigos” en debate, Madrid 1996.

Seamos realistas. La mayoría de nosotros alguna vez ha sentido en su interior una suerte de insatisfacción, no carente de cierto complejo de culpabilidad, porque ha pasado por su interior algún cuestionamiento que coincide, al menos parcialmente, con lo que este autor nos describe.

¿Qué puede proponerse como visión alternativa?

2. Ser padre-madre desde la paternidad-maternidad de la comunidad

Junto con la riqueza que tiene identificarse como “buen pastor” o como “padre” de una comunidad, hace falta también una clara consciencia de los límites permanentes e inmensos en la realización concreta de esa figura ideal, para no vivir con un constante sentimiento de culpa que es profundamente desgastador e inútil.

Sólo análogamente el sacerdote se llama “padre”. El primer analogado es Dios Padre, y en el orden terreno lo es el padre de familia (biológico o adoptivo). “Padre”, en el sacerdote, hace referencia más bien a la vida sobrenatural que él comunica como instrumento. Por otra parte, el ejercicio de su paternidad espiritual es una actitud de fondo, que no implica asumir todas las funciones de un padre biológico y que puede expresarse también cuando hay que decirle a alguien que no, cuando tiene que corregir a alguien, o cuando delega en otros lo que nunca podría hacer directamente.

Ni siquiera un padre biológico puede decir que sí a todos los requerimientos de los dos o tres hijos que pueda tener, aun cuando esos requerimientos sean legítimos, importantes, necesarios; simplemente *no puede*. No puede disponer de todo el tiempo de dedicación que sus hijos pueden reclamar o necesitar, ni es capaz de hacer todas las cosas lindas y buenas que uno puede imaginarse en la relación con los hijos. Por otra parte, a veces tampoco *debe* hacerlo, para que sus hijos no dependan excesivamente de su persona, para que no se perjudiquen en su proceso de maduración y de integración social, etc.

¿Y qué decir de un supuesto “padre” de una parroquia de 5.000, 10.000 o 20.000 fieles?

Evidentemente, es imposible que diga siempre sí, aunque las veces que deba decir “no puedo” lo hará con un tono paterno, amable, delicado, humilde.

Cuando san Pablo se presenta como padre, y también como madre (1 Ts 2,7-12), se dirige a la comunidad de Tesalónica, donde en realidad estuvo sólo de paso. Y cuando habla de sus dolores de parto se dirige a los gálatas, de los cuales estaba a muchos kilómetros de distancia (Ga 4,19) y a los cuales veía muy pocas veces, y también de paso. En todo caso, su relación con los tesalonicenses o los gálatas y el tiempo dedicado a ellos era mucho menor que lo que se da hoy entre un párroco y su parroquia. Sin embargo, eso no era obstáculo para que Pablo se considerara realmente “como un padre” de esas comunidades. Pablo fundaba las comunidades y luego dejaba líderes que las condujeran y seguía su camino, pero de alguna manera se mantenía en contacto, y su realidad de padre se expresaba ante todo en el deseo -que expresa un sentido de pertenencia mutua- y la oración: el deseo de ver formado a Cristo en ellos (Ga 4,20), el hecho de sentirse unido a ellos en el corazón (1 Ts 2,17), el deseo y el intento de ir a verlos (2,17), el envío de otros “delegados” para confortarlos (3,1-3), y la oración por ellos (1,2).

En el fondo, la “paternidad sacerdotal” no implica ni siquiera una cercanía física, pero sí la presencia de los “hijos” en un corazón amante, con un amor que se expresa sincera y espontáneamente en la oración, y con una preocupación oblativa que lleva a suplir la imposibilidad de un trato personal a través de otros que puedan tenerlo más frecuentemente (misioneros, agentes de Cáritas, etc.).

Por otra parte, Pablo mismo destaca que esta paternidad no tiene nada que ver con el deseo de ser el centro, de tener a los demás pendientes de sí. Por eso él evita las palabras aduladoras (1 Ts 2,5) y renuncia a buscar un reconocimiento humano que no sea el respeto que se le debe como apóstol de Cristo (2,6-7).

No podemos ignorar del todo la advertencia de Cristo mismo: “a nadie llamen padre” (Mt 23,9). Porque, aunque rechazemos una interpretación fundamentalista del texto, entendido como una prohibición de usar la expresión “padre”, sin embargo es cierto que el texto apunta a excluir un personalismo exagerado, donde la paternidad espiritual pasa a producir un desarrollo casi *mítico* de ciertas mediaciones humanas a costa de la paternidad de Dios y de los demás ministerios en la Iglesia.

La “paternidad espiritual”, a no ser que la acción del pastor se reduzca a un pequeño grupito de selectos, no puede entenderse de una mane-

ra idílica y utópica. Es ciertamente un amor sincero y preocupado por los demás, pero no el imposible propósito de estar presente en todo y con todos para no sentirse culpable de ser “poco padre”.

Esta paternidad supone más bien saber delegar todo lo posible en otros agentes pastorales que puedan tener una mayor cercanía y expresan así la paternidad y la maternidad de la *comunidad* cristiana.

Porque “parir” a los demás para Dios es en realidad una actitud de fondo (materna) de todo evangelizador, no sólo del sacerdote. Por ejemplo, con respecto a los niños que van a catequesis, la paternidad-maternidad del catequista es evidentemente más cercana que la del sacerdote, aunque el sacerdote ejercerá una altísima forma de paternidad cuando ofrezca a esos niños el banquete de la Eucaristía. Igualmente, una misionera de manzana tiene sobre ese grupo de familias una paternidad-maternidad mucho más íntima y cercana que la que puede tener el párroco, pero ese párroco dará un signo magnífico de su paternidad cuando deba acercarse a uno de esos hogares, aunque sea una sola vez en su vida, para dar la unción de los enfermos a uno de sus miembros, o para bendecir el hogar. No interesa que en su persona vean todos los rasgos posibles de una figura paterna –cosa que es imposible– sino que él, *pero junto con la comunidad toda*, sea un signo paterno.

Sucede con la paternidad algo semejante a lo que ocurre con la figura esponsal. Porque no puede entenderse correctamente el desposorio de un individuo con Dios sino en el contexto del desposorio de Dios con su pueblo. Por eso en la Escritura la esposa de Dios es el pueblo, o la comunidad eclesial, y nunca lo es el individuo aislado (*Ez 16; Ef 5,25-32*). Entonces, cada uno podrá hacer esta experiencia esponsal si se entiende cordialmente a sí mismo como miembro de la comunidad amada. Del mismo modo, un sacerdote podrá realizar adecuadamente la paternidad espiritual si se siente incorporado, a su modo –siempre parcial y relativo– en la paternidad de la comunidad.

En este sentido es iluminadora la actitud de los más pobres y sencillos, que sienten y respetan al sacerdote como padre por reconocerlo como instrumento de la vida sobrenatural que Dios comunica, y no tanto por los rasgos de su personalidad o por el tiempo que les dedique. De hecho los más sencillos, que suelen ser también los más respetuosos de la paternidad sacerdotal, son también los que menos perfección le exigen, los que mejor

toleran sus debilidades y límites humanos.

Por último, no hay que olvidar que la paternidad espiritual del sacerdote no lo coloca en una condición de “anciano”, no anula las diferencias de edad y condición de las personas, que requieren un trato diferenciado:

Al anciano no le reprendas con dureza, sino exhortale como a un padre; a los jóvenes, como a hermanos; a las ancianas, como a madres; a las jóvenes, como a hermanas (1Tim 5,1-2).

El trato “familiar” con las personas puede asumir formas variadas que enriquecen la vida del sacerdote, y que complementan la idea de paternidad. En la comunidad, él es también hijo, hermano, esposo.⁴ La comunidad ejerce también *sobre él* su función paterna-materna.

3. El ser y el hacer.

La crítica de Drewermann nos obliga también a recordar la prioridad del ser. Porque una espiritualidad de la acción mal entendida puede llevar a privilegiar el eficientismo, el hacer, por encima del ser. Pero “el obrar sacerdotal, como todo obrar cristiano, no es sino el despliegue de las virtualidades de su ser”⁵.

Hoy en día la gran idolatría no es solamente la del “tener”, sino también la del “hacer”, la del hacer eficiente. El eficientismo y el pragmatismo capitalista han producido un determinado estilo de vida – desproporcionadamente masculino– también en los agentes de pastoral, imponiéndoles un modo de trabajar que no responde del todo a su identidad:

⁴ C. GALLI, *El presbítero y sus vínculos en la familia de Dios*, en *Pastores* 1 (1994), 19.

⁵ E. KARLIC, *La existencia sacerdotal, signo e instrumento del misterio trinitario*, en *Liturgia* 24 (1976) 23.

“En muchos casos no es la cantidad de trabajo lo que hace sufrir a los hombres, sino el modo y estilo de trabajar. Están continuamente agitados, pasan de una cosa a otra sin cesar. Se sienten siempre agotados, estresados. Pero no hacen nada contra el estrés, porque a veces el estrés es símbolo de status... por la actitud interior de tener que mostrar en el trabajo quién es uno”⁶.

Por eso, parece un elogio escuchar a la gente decir: “¡Qué cansado que está el padre! ¡El padre tiene tantas cosas! ¡Qué ocupado está el padre!”. Pero estas expresiones en realidad no son en modo alguno un verdadero halago, sino un signo de que el padre ha caído en la idolatría de la acción eficiente y ha descuidado la prioridad del “ser” por encima del “hacer”, ha descuidado el cultivo de su dimensión “femenina”. En el fondo, escuchar esas palabras puede resultar profundamente halagüeño, porque es como si le dijeran: “¡Pobre, a él le toca hacerlo *todo!*”

Por eso no tiene tiempo para detenerse a saludar con sinceridad, y sólo lo hace –aun cuando sea muy amable– porque lo exige una acción pastoral eficiente. El mismo Drewermann, luego de la descripción que leímos antes, propone lo siguiente:

“Mientras no aprenda a ser humano y personalmente mucho más abierto, y sobre todo más espontáneo... Mientras su teología no logre descifrar realmente en los ojos de un hombre el rostro escondido de Dios, y mientras sienta la necesidad de considerarlo incluso prohibido, el mundo de las relaciones humanas del clérigo estará tan dividido como su propia mentalidad y su existencia...”⁷.

Una vez más, se hace necesario plantear cuáles son las prioridades, y recordar no sólo que las personas están por encima de las tareas, sino también que el propio ser está por encima del hacer, que sólo vale la obra que brota del ser, que sólo puede ser propio de un pastor un trato amable

⁶ A. GRÜN, *Portarse bien con uno mismo*, Salamanca 1997, 90.

⁷ E. DREWERMANN, *Clérigos* (cit) 256.

que brote de un ser amable, realmente volcado hacia el otro, sinceramente centrado en las personas:

“La capacidad empática requiere de una actitud interesada en el otro, así como de un aprendizaje en el área de la atención hacia los demás”⁸.

Es lo que enseñaba Santo Tomás cuando presentaba las acciones morales buenas como procedentes de los “hábitos” internos buenos, las virtudes.

Pero lograr establecer esta primacía del ser implica establecer prioridades, renunciando a caer en las redes del eficientismo capitalista. No podemos negar que una de las causas del cansancio enfermizo que tarde o temprano se apodera de muchos sacerdotes, proviene de lo siguiente:

“En la actual figura del sacerdote católico de occidente se espera de nosotros que seamos buenos predicadores, que sepamos celebrar con creatividad, que practiquemos la dirección espiritual, la atención a los enfermos, el consuelo a los tristes, que sepamos de organización y de comunicación social, que a todos acogamos con una sonrisa, siempre y en cualquier momento, y que resolvamos adecuadamente nuestros conflictos afectivos, cosa que se da por descontada”⁹.

Pero para un pastor lo primero no puede ser la organización, la planificación, las reuniones permanentes e interminables que en definitiva logran demasiado poco como para justificar una vida centrada en esta actividad. Vale más la disponibilidad serena, el ocio contemplativo que permite verdaderamente “estar” con las personas. No me refiero tampoco al tiempo que se pasa en el escritorio atendiendo gente, sino también a la posibilidad de salir a ver enfermos con tranquilidad, a la visita serena a los hogares, a

⁸ G. DE MÉZERVILLE ZELLER, *Hacia una psicología de la madurez integral del sacerdote*, en *Pastores* 3 (1995) 22.

⁹ C. PRECHT BAÑADOS, *El cansancio en el ministerio sacerdotal*, en *Pastores* 9 (1997) 19.

detenerse por la calle a intercambiar unas palabras sinceras con alguien. No se trata de una opción elitista por una dirección espiritual que llega a pocos selectos y elegidos, sino de la disponibilidad para el que llega, para el que se cruza en el camino, para el que ocasionalmente, y quizás por primera y única vez en la vida, se acerca a buscar un auxilio o un poco de Dios. Y es ante todo una disponibilidad que permite acercarse a los pobres y detectar agentes de pastoral populares que puedan llegar donde el pastor no llega con su organización. Esta prioridad permite al sacerdote llevar una vida más humana y una actividad pastoral más gratificante, precisamente porque está centrada en cada persona “como si fuera lo único que existe en el mundo”. La actividad pastoral orientada desde esta prioridad sí puede vivirse auténticamente como “paternidad”. Al sacerdote, entonces, ya no lo describirán como una persona siempre cansada y ocupada, sino simplemente como un pastor disponible.

Sin embargo, estoy hablando de una prioridad, no de algo exclusivo y excluyente. Porque la posibilidad de llevar esta vida serenamente disponible, supone delegar muchas tareas y dedicar algún tiempo a orientar y alimentar a esos agentes de pastoral, supone una visión amplia de la pastoral que permita llegar, a través de otros agentes pastorales, a todo el pueblo de Dios. Recuerdo la opinión de algunos psicólogos que tienen particularmente en cuenta la psicología masculina y sostienen que la psicología del varón suele ser más “abarcativa” que la de la mujer, cuya cualidad materna le permite concentrarse más en lo particular, en los individuos, en lo íntimo y cercano. Siendo así, el varón necesita desarrollar alguna actividad que le permita la experiencia de cierta amplitud, como la organización general de las actividades o cierta coordinación general de los distintos ministerios de la comunidad; y su psicología masculina no se realizará plenamente si se reduce, de modo exclusivo y excluyente, al trato cercano, personalizado, íntimo, a la disponibilidad para la atención personal. Pero esto no debe llevarse a extremos, corriendo el riesgo de confundir la distinción entre lo masculino y femenino con roles o ámbitos fijos, lo cual no es un modo apropiado de hablar (como si al varón correspondiera siempre o exclusivamente lo exterior, organizativo y a la mujer lo interior, personal). Hay mujeres con mayor amplitud y carisma organizativo que los varones, y por otra parte, hay que plantear también la necesidad de que el varón desarrolle y cultive su dimensión femenina y materna en el encuentro abierto con la

mujer.

Viendo actuar a Jesús, podemos percibir una realización armoniosa de lo que estamos diciendo.

Lo dicho hasta hora nos permite concluir que no cualquier actividad plenifica, por más que se la viva intensamente y con una actitud “paterna”; y, lo que es más obvio, no cualquier actividad sacerdotal santifica. Sólo madura, realiza y santifica a la persona la actividad que brota de una generosidad auténtica, de una verdadera apertura del corazón, de un interior realmente descentrado, que prescinde de los honores y halagos porque está enamorado de la comunidad, y porque ve a la comunidad –no tanto a su propia persona– como el verdadero sujeto eclesial evangelizador, como la madre y el padre (con variados rostros y carismas) de la vida eclesial.

Entonces la tarea (sea atender a otro, visitar un enfermo, organizar algo en equipo) será vivida libremente, no tanto en función de un resultado que obsesiona; será vivida sin tendencias narcisistas, sin estar el propio yo buscándose a sí mismo en primer lugar:

“Las personas que no hacen depender su buena estima y valor personal del nivel de logro que puedan alcanzar, se mantienen significativamente libres del efecto pernicioso del estrés negativo en sus vidas”¹⁰.

La tarea vivida de manera libre, más por su valor propio que por sus resultados gratificantes para el yo, es mucho menos desgastante, ya que es como la expansión espontánea de una realidad que tiende por sí misma a comunicarse.

En la pasión por una tarea, pero como manifestación de una autotranscendencia donde la persona deja de pensar en sí misma, se produce una realización de las inclinaciones más profundas de la persona que la liberan de variadas formas de neurosis:

“El hombre no llega a ser realmente hombre y no llega a ser plenamente él mismo sino cuando se entrega a una tarea, cuan-

¹⁰ G. DE MÉZERVILLE ZELLER, *Hacia una psicología de la madurez integral* (cit) 25.

do no hace caso de sí mismo o se olvida de sí mismo al ponerse al servicio de una causa... Si no integramos la autotranscendencia en la imagen que nos formamos del hombre, no lograremos comprender la neurosis de masas ante la que nos hallamos hoy en día”¹¹.

Cuando el ser profundo está descentrado en la acción, y así vitalmente pacificado, entonces cualquier actividad será auténticamente pastoral, porque “el bien es difusivo de sí”. Y cuando es así, la actividad retroalimenta al ser, lo perfecciona más aún: lo santifica. Es decir, si la santidad consiste en el amor, que es salir espontáneamente de sí hacia el otro, la actividad amante profundiza y hace crecer esa apertura interior del amor. Para crecer en el amor son indispensables los “actos” que brotan del amor, actos que constituyen un hacer de calidad, que expresa y aumenta la “calidad” de la persona.

4. La continuidad de la entrega en la soledad

Esta prioridad del ser por sobre el hacer nos invita también a buscar algunas actitudes *estables*, actitudes que no parecen estar presentes sólo cuando estamos haciendo algo o atendiendo a una persona, e inmediatamente desaparecen cuando volvemos a nuestra intimidad y accedemos a un momento de descanso, sino que se mantienen cuando cesa la actividad porque son verdaderamente personales, libres, espontáneas, porque no son pura apariencia en el cumplimiento meramente funcional de un rol. Así se evita lo que tan bien describe Drewermann, al decir que los sacerdotes, luego de haber compartido algunos momentos con otras personas, “*cuando vuelven a casa, a su soledad de siempre, se depositan en su sillón y lanzan un suspiro de alivio*”; como si allí recuperaran el sentido real de sus vidas, como si en ese momento volvieran a tener la libertad que perdieron para “adaptarse” esforzadamente a una tarea y a un rol profesional “paterno”. Esta costumbre de separar tanto la actividad de la soledad y el descanso es sumamente dañina y refleja la carencia una auténtica unidad de vida. Por

¹¹ V. FRANKL, *Teoría y terapia de las neurosis*, Barcelona 1997, 17.

eso, como decíamos, es conveniente alimentar algunas actitudes básicas *estables*, que no cesen en la soledad, sino que se expresen de alguna manera también cuando la actividad ha terminado. ¿Cómo se logra? Por ejemplo, evitando el simple gesto externo de alivio y de aparatosa distensión cuando terminamos una actividad pastoral, como si haberla terminado fuera una extasiante liberación de un peso insoportable, como si allí retomáramos nuestra verdadera identidad y nuestra opción real, que no es ciertamente paterna. Más bien conviene, al terminar una actividad, aun cuando haya sido dificultosa y algo agobiante, detenerse brevemente a darle gracias a Dios por haber podido ser útil, contemplar por un instante la belleza de esa actividad, ofrecerle a Dios las tensiones vividas en ella, hacer una pequeña oración por las personas que hemos atendido. De este modo, dándole un sentido al momento vivido y valorándolo, abrimos el corazón para estar disponibles ante otra actividad semejante que pueda requerirnos, y no estaremos a la defensiva, protegiendo de un modo enfermizo nuestro tiempo de recreación y descanso. Igualmente, nos dispondremos para vivir la actividad de una manera más natural, espontánea, libre, y no tanto como un esfuerzo que contradice nuestras inclinaciones.

Otra posible salida, cuando la actividad no ha sido bien vivida, y ha sido muy desgastante porque no estábamos de corazón en ella, es detenerse un instante en oración a imaginar cómo habría sido ese momento si lo hubiéramos vivido con amor, entregándonos enteros, renunciando a nuestros mecanismos de defensa, ofreciéndole al Señor la donación del propio tiempo, poniendo el corazón verdaderamente en las personas, etc. Imaginándolo, podemos detenernos a pedir a Dios que transforme el corazón para poder vivir de esa manera “paternal y maternal” las futuras actividades, y con esa oración ya nos disponemos a dar otro sentido a la actividad.

La soledad, cuando la actividad termina, debe ser apacible, debe ser un espacio en el cual, poniéndonos frente a Dios, nos reconciliamos con la actividad, con las personas, y, restaurando lo que se ha dañado, logramos despertar una sonrisa agradecida por la vida que llevamos. De otro modo, la soledad se convertirá en el espacio donde rumiamos nuestras insatisfacciones, donde descubrimos angustiados nuestro ser real egocéntrico, y buscamos alguna manera de hallar satisfacciones para una afectividad no armonizada. El rostro que tiene la persona cuando está sola puede ser el reflejo de su estado real.

La soledad apacible, reflejada en un rostro sereno y satisfecho, es la otra cara de una buena y madura capacidad de relación y de servicio y de la aceptación libre y generosa de la propia forma de vida:

“La soledad apacible brinda el contexto dentro del cual el sacerdote, que desea abrazar el celibato como una forma de vida para el ejercicio de su ministerio, opte por él de manera consciente y libremente aceptada. De lo contrario, las consecuencias de una vivencia celibataria inconsistentemente asumida e interpretada como una situación impuesta, pueden ser altamente patológicos, acarreando para el sacerdote una carga agobiante de angustia”¹².

El celibato verdaderamente evangélico es una forma de madurez humana orientada a un ministerio apasionado y verdaderamente oblativo, no al cumplimiento de una función pública de la cual nos desligamos en la soledad:

“La madurez afectiva consiste en la capacidad para amar intensamente y para dejarse amar honesta y limpiamente. Quien la posee está normalmente inclinado a la entrega oblativa al otro y a la búsqueda de su verdadero bien. Aprecia el agradecimiento, la estima, el afecto; pero no los exige ni los busca como un mendigo. Nunca condiciona a ellos su disponibilidad ni su servicio. Jamás encadena a los otros a su persona... El motivo central del celibato del presbítero es una pasión por el ministerio nacida del amor oblativo a Jesucristo Pastor y a la comunidad cristiana”¹³.

Pero en las personas inmaduras, el celibato esconde una incapaci-

¹² G. DE MÉZERVILLE ZELLER, *Hacia una psicología de la madurez integral* (cit) 29.

¹³ J. M. URIARTE, *Crecer como personas para servir como pastores*, en *Pastores* 6 (1996) 24-25.

dad de comprometerse en serio con los demás,¹⁴ y por lo tanto el celibato y la paternidad espiritual pueden ser pura apariencia:

“La relación en profundidad resulta embarazosa a muchos sacerdotes porque en ella nos sentimos más frágiles, más vulnerables y más inseguros. Nuestro ser indigente se revela más en una relación profunda que en una relación periférica... El celibato no asumido puede llevarnos a no comprometernos en profundidad con nada ni con nadie”¹⁵.

Esta forma de vivir el celibato refleja una entrega que ciertamente es más pobre que la de un padre de familia. Pero aún cuando el pastor sea consciente de sus límites y sepa que él no es el Salvador, la caridad pastoral le exige estar interiormente tan implicado con el pueblo como un padre de familia con su esposa y sus hijos. Si no es así, del “celibato por el Reino de Dios” sólo queda una grosera apariencia que revela su inconsistencia en esa mueca triste que aparece en la soledad. Si el sacerdote mirara con más atención otros ejercicios de la paternidad y de la maternidad y otros ejercicios de amor que hay en la vida del pueblo, aprendería de una manera más concreta qué es para él ser “padre”, y qué sentido real tiene en ese contexto su celibato.

Pero hay que reconocer que suele ser más difícil pasar de una espiritualidad aparente a una real que superar una situación *reconocida* de pecado, porque las resistencias interiores al cambio son mayores cuando la persona se ha aferrado a una apariencia que le permite sobrevivir a sus patologías:

“La resistencia opuesta por el bien aparente a un cambio hacia el bien real es en general más grande que la que se encuentra para la superación de las dialécticas conscientes propias de la dimensión pecado-virtud... La profesión externa y

¹⁴ “He aquí una paradoja llena de ambivalencias: nos deseamos y nos tememos a la vez... No sabemos lo que nos habita...y tememos que otro lo descubra”: L. CENCILIO, *Ultima pregunta. Paradojas de la madurez y el poder*, Salamanca 1981, 37.

¹⁵ J. M. URIARTE, *Creer como personas* (cit) 24.

la proclamación verbal de los tres votos de pobreza, castidad y obediencia pueden ser signos de un eminente amor a Dios, pero también pueden implicar el bien aparente de evitar más o menos subconscientemente tres encuentros fundamentales de la persona humana... ¿Y qué sucede cuando en un individuo la orientación hacia un rol prevalece sobre la orientación hacia los valores trascendentes de Cristo? Se pueden esperar consecuencias negativas tanto para el empeño del cristiano en su religión como para el crecimiento en su libertad como persona”¹⁶.

En cambio, el celibato auténtico y maduro, cuando no es mera apariencia de obediencia, tiene una profunda fuerza integradora que ayuda a unificar los distintos aspectos de la vida del sacerdote, permitiendo una suerte de identificación entre el ejercicio de su capacidad de amar y la tarea apostólica:

“Podríamos decir que la estabilidad de las personas comunes descansa sobre dos carriles: el amor y el trabajo. La situación existencial del presbítero es bastante diferente. El objeto de su amor y de su trabajo es el mismo: la comunidad cristiana a la que entrega su vida y su servicio... Esta especial identificación entre trabajo y amor favorece desde luego la calidad y la intensidad de la dedicación y, por tanto, de la obra realizada. Además unifica mucho la vida de la persona”¹⁷.

En la motivación fundamental del amor sincero está la clave para que el celibato y la actividad apostólica confluyan en una auténtica realización de la persona:

“Todo es importante para la realización del hombre..., pero

¹⁶ L. RULLA, *Antropologia della vocazione cristiana*, Casale Monferrato 1985, 264.267.280.

¹⁷ J. M. URIARTE, *Crecer como personas* (cit) 27.

la vocación radical del hombre es el amor, que sólo es tal cuando es fuente de todo lo demás”¹⁸.

Cuando es así, “el rol, más que una máscara, es la *modalidad* individual de existir de un modo consciente y responsable”¹⁹.

*Casilla de Correo 33
5800 Río Cuarto. Córdoba
Argentina*

¹⁸ J. GARRIDO, *Grandeza y miseria del celibato cristiano*, Santander 1991, 87.

¹⁹ E. PAVESI, *Difficoltà di cogliere l'autentica identità del sacerdote* (cit) 80.